

Operación Overlord

“D”

El Día



Ninguna operación militar en la historia ha recibido tan intenso cubrimiento como la que el 6 de junio de 1944 lanzó sobre las playas y contrafuertes rocosos de Normandía, en la costa norte de Francia, el más formidable desembarco anfibio registrado en los anales bélicos. Poco resta por decir. En busca de una aproximación diferente al cumplirse el sexagésimo aniversario del acontecimiento, se presentan en este recuento las versiones, coincidentes o controversiales, de los principales antagonistas en los mandos aliados u hostiles en esa fecha de dimensiones apocalípticas.

La guerra a comienzos de 1944

En los cuatro teatros de guerra –Europa Oriental, el Mediterráneo, el Pacífico y Europa Occidental– la frase de Winston Churchill en sus Memorias cobra realidad: “El gozne del destino comienza a girar”. En todos se advierte la declinación del poderío que en 1939 y hasta bien entrado 1941 asombró al mundo con la Guerra Relámpago, que paseó triunfalmente las divisiones blindadas nazis bajo cobertura aerotáctica por toda Europa, al paso que las fuerzas imperiales japonesas se desbordaban por el Sureste Asiático, hundían las armadas estadounidense y británica, ocupaban Filipinas y amenazaban Hawai y Australia.

En el teatro soviético, la nieve y el lodo detuvieron la fulgurante penetración germana a las puertas de Moscú. En el Mediterráneo, los ingleses batían definitivamente al Afrika Corps del mariscal Erwin Rommel, los americanos desembarcaban en el norte de Africa y luego las dos fuerzas aliadas en Sicilia y el sur de Italia, en tanto la caída de Mussolini, destituido por el rey Víctor Manuel, tornaba el gobierno presidido ahora

en

Normandía

▪ Por General Alvaro Valencia Tovar
Asesor Revista Fuerzas Armadas

Se acaba de cumplir el sexagésimo aniversario del más formidable asalto anfibio ejecutado en la historia, que fue un hecho decisivo en la Segunda Guerra Mundial.

por el mariscal Pietro Badoglio a la causa aliada. En el Pacífico, el general Douglas MacArthur, rescatado de la isla de Corregidor, en Filipinas, por orden del presidente Franklin Delano Roosevelt, asumía la ofensiva, apoderándose de la iniciativa a partir de la doble batalla de Guadalcanal y el Mar del Coral.

▪ Franklin D. Roosevelt



Normandía

En la Europa Occidental, como dos gladiadores en apresto, la concentración de fuerzas aliadas en Inglaterra se enfrentaban a la Muralla del Atlántico, fantasía creada por la maquinaria propagandística de Goebbels como disuasivo para el inminente asalto angloamericano y el fortalecimiento del alicaído frente interno.

Comandante para Overlord

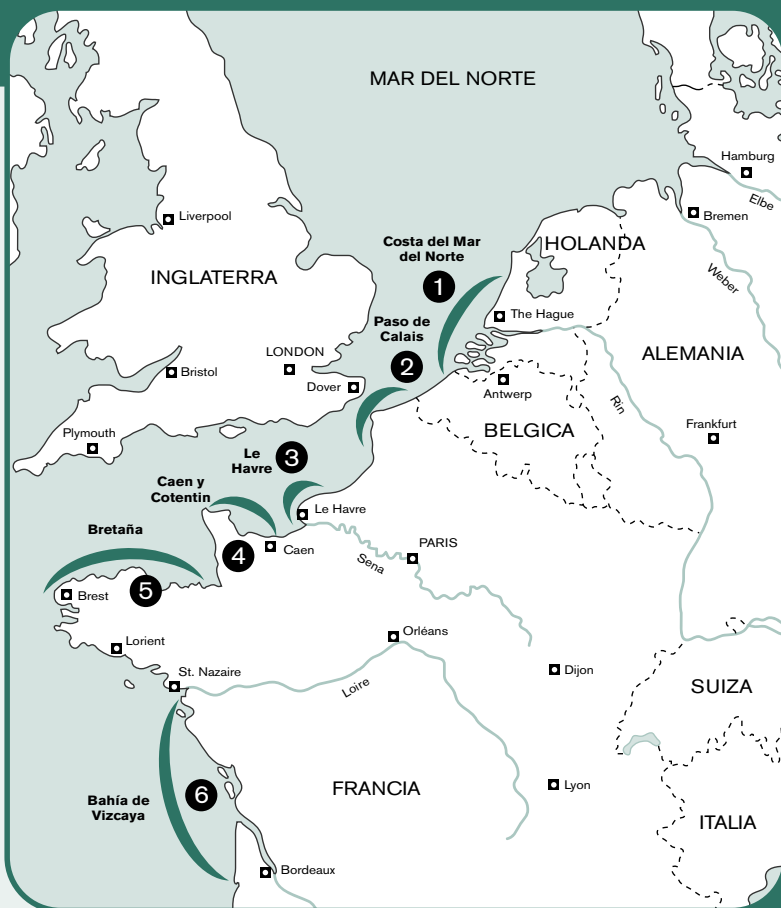
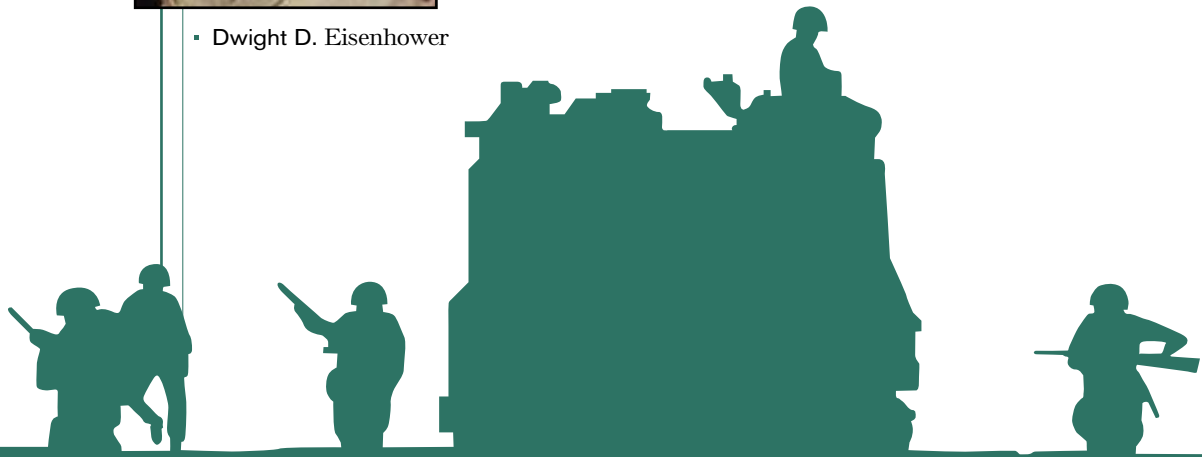
El asalto aliado al continente europeo, inicialmente denominado Operación Roundup, requería el nombramiento de un comandante supremo. El forcejeo angloamericano para que fuera un general del respectivo ejército finalizó en 1943 con la Conferencia de Quebec. Allí Churchill, con su sentido pragmático y realista de las encrucijadas históricas, aceptó que el balance del poder entre las dos naciones en el esfuerzo final sobre Europa justificaba un comandante estadounidense. Corresponde al general George Marshall, jefe del Estado Mayor Conjunto en Washington, proponerlo.

La elección recayó en Dwight David Eisenhower, número 24 del escalafón en su ejército. Marshall lo conocía bien y por ello lo había nombrado para comandar el desembarco en Africa del Norte y posteriormente en Sicilia y el sur de Italia. Al no poder comandar él mismo la operación, por cuanto Roosevelt no aceptaba desprenderse de su insustituible colaborador militar, no buscó a un gran estratega, sino antes que todo a un jefe con capacidad conciliadora para articular efectivamente el alto mando y las relaciones con los generales británicos, entre quienes había personalidades brillantes como Alan Brook, jefe del Estado Mayor; Harold Alexander, comandante aliado en los desembarcos de Sicilia e Italia y luego del teatro de operaciones italiano, y Bernard Montgomery, héroe de El Alamein.



▪ Dwight D. Eisenhower

La imposición de un novel comandante estadounidense requería lo que suele definirse en relaciones humanas como las tres T: tacto, tino y talento. Eisenhower las tenía de sobra. La sonrisa Eisenhower, con que enfrentaba los más arduos problemas, pronto se hizo famosa en el teatro europeo. En la práctica y ante la realidad, el comandante supremo evidenció una cualidad del liderazgo militar: visión para escoger la opción victoriosa y capacidad para tomar decisiones difíciles.



Croquis 1

Visión del Plan Overlord

• Selección del lugar de desembarco

De las seis áreas posibles del litoral europeo (Croquis 1), cuatro fueron descartadas por acumulación de factores adversos. La alternativa final se concentró en el Paso de Calais, en el estrecho sector oriental de las costas inglesa y francesa, por una parte, y la costa normanda de Calvados, entre la desembocadura del Orne, al oriente, y la península de Cotentin, al occidente, donde las playas quedarían con sus flancos cubiertos por los ríos Orne y Sena a un lado y la península al otro.



Los factores gobernantes para la decisión final fueron, en primer lugar, el radio de acción de las fuerzas aéreas para el apoyo de los asaltos anfibio y aerotransportado; la fortaleza de las defensas costeras germanas; las características topográficas de las diversas zonas; el orden de batalla enemigo, en especial de sus fuerzas blindadas; y, finalmente, la posibilidad de toma de un puerto francés para complementar los muelles prefabricados de tendido en las playas, con el fin de efectuar los subsiguientes desembarcos masivos materiales y humanos.

La imposición de un novel comandante estadounidense, Dwight David Eisenhower, como comandante supremo del desembarco, requería lo que suele definirse en relaciones humanas como las tres T: tacto, tino y talento. Eisenhower las tenía de sobra. La sonrisa Eisenhower, con que enfrentaba los más arduos problemas, pronto se hizo famosa en el teatro europeo.



▪ Soldados alemanes

• **El asalto anfibio: objetivos y fuerzas**

Dentro del espacio señalado, se escogieron cinco sectores de playa con los nombres-código Sword, Juno, Gold, Omaha y Utah, de oriente a occidente. Las tres primeras se asignaron a los anglocanadienses, y las dos últimas a los estadounidenses. Una división de infantería por playa constituiría el escalafón de asalto (Croquis 2). El segundo escalón lo integró el resto de las divisiones y cuarteles generales de un Cuerpo de Ejército por sector, que en la progresión del desembarco constituían los esqueletos del Primer Ejército Estadounidense y Segundo Británico. Para el día D+7 deberían hallarse en tierra dos grupos de ejércitos: el 12 y el 21, de las citadas nacionalidades.

• **Concepto general de la maniobra**

Durante la noche lunar del D-1, las divisiones estadounidenses 82 y 101 y la sexta inglesa descenderían sobre el cuello de la península de Cotentin, las primeras, y entre Caen y el mar, la última, para bloquear la llegada de refuerzos y asegurar las líneas de partida para el avance ulterior.

Simultáneamente, una ola de barreminas y embarcaciones menores abriría corredores hacia las cinco playas, y hombres rana removerían los obstáculos submarinos para permitir el acceso de las lanchas de asalto. Mil bombarderos

ingleses, seguidos de otros tantos norteamericanos en oleadas sucesivas, cumplirían la doble tarea de apoyar los desembarcos y paralizar las fuerzas enemigas de refuerzo, así como puentes y vías de comunicación. Los maquis franceses, en la retaguardia según planes preestablecidos, complementarían el ataque aéreo con sabotajes.

El lado alemán

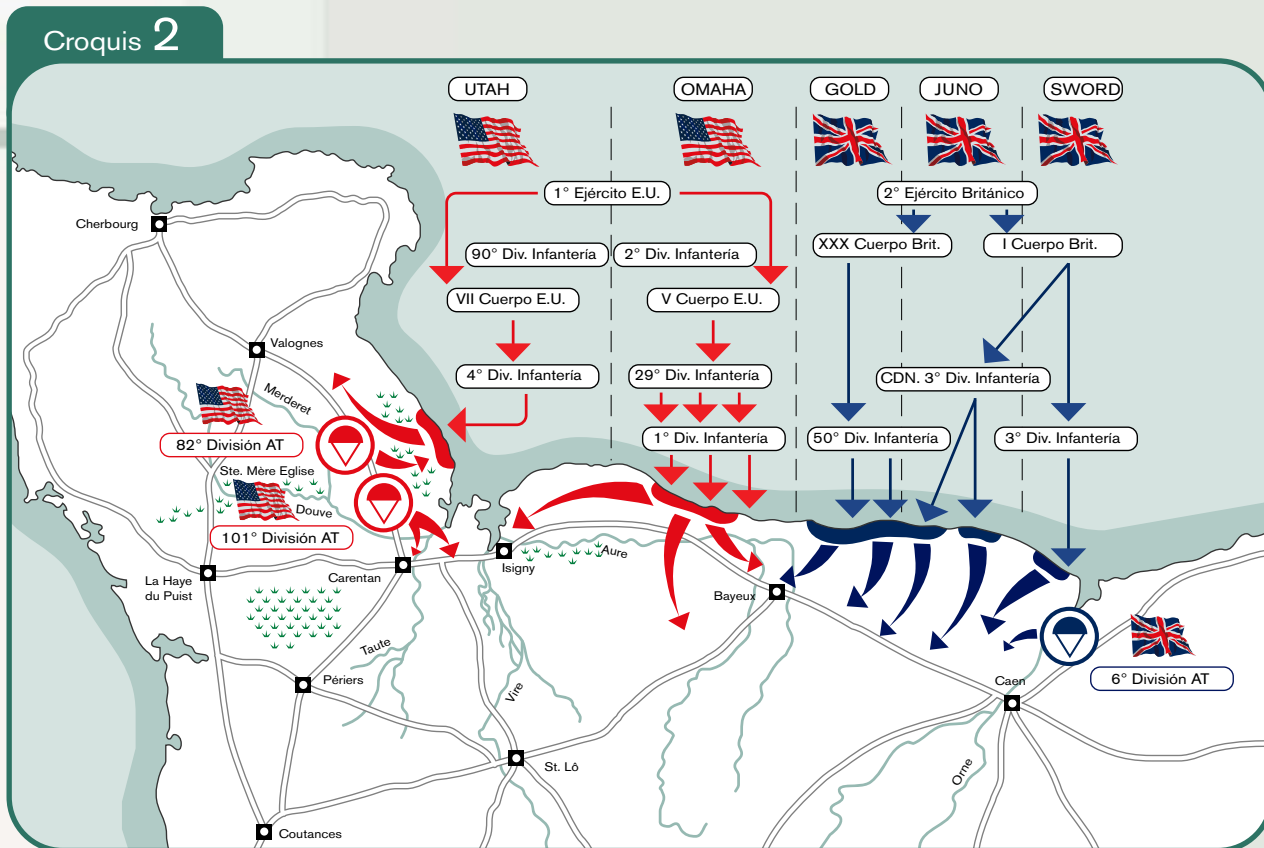
La defensa germana contra el inminente asalto descansaba en la Muralla o Fortaleza del Atlántico, fabricada por el Ministerio de Propaganda del Reich. Constituía una fortaleza supuestamente inexpugnable, extendida desde Holanda hasta el litoral francés. Otra era la realidad. La carencia de materiales y mano de obra para semejante empresa se traducían en una serie de fortines débilmente articulados con obstáculos, atrincheros reforzados y campos de minas.

El mando en Francia lo ejercía el mariscal de campo Gerd von Rundstedt, consumado estratega de



• Maquis franceses

la maniobra ofensiva. Dos grupos de ejércitos, A bajo su orden directa, y el B, puesto a órdenes del también mariscal Erwin Rommel, recién llegado de Africa, con su prestigio ganado en las arenas de Libia y Cirenaica intacto, a pesar de la derrota ante fuerzas abrumadoramente superiores. Cuarenta y nueve divisiones de infantería, la mitad mecanizadas y diez blindadas, se distribuían entre las fortalezas costaneras y las reservas móviles.



Día “D”



▪ Adolfo Hitler

Estas fuerzas, en apariencia formidables, no se hallaban completas. Sus efectivos, inferiores a los cuadros orgánicos, se adicionaban con juventudes hitlerianas cuyo fanatismo no suplía la insuficiencia de entrenamiento y madurez, junto a convalecientes del frente ruso, discutibles aliados de países bajo ocupación nazi y hombres que habían desbordado la edad militar.

• El mando

Este presentaba, desde la detención de la ofensiva ante Moscú, una grave dicotomía. Hitler había asumido el mando supremo y su carácter egocéntrico y autocrático adquiría ribetes de megalomanía enfermiza. Carente de formación militar —apenas había sido cabo estafeta en la I Guerra Mundial—, poseía la intuición estratégica que condujo a los éxitos iniciales de Austria y Checoslovaquia sin combate, Polonia y Francia en la Guerra Relámpago, seguidos de la ocupación de los Balcanes, Grecia, Noruega y Dinamarca.

Sucesos fulgurantes que acentuaron su egolatría hasta un grado de infalibilidad, que lo llevó a rechazar ideas y conceptos distintos a los suyos.

Hitler había asumido el mando supremo y su carácter egocéntrico y autocrático adquiría ribetes de megalomanía enfermiza. Carente de formación militar, poseía la intuición estratégica que condujo a los éxitos iniciales de Austria y Checoslovaquia sin combate.

Como suele ocurrir con caracteres de su tipo, se rodeó de dos generales sin brillo ni prestigio. Keitel, comandante del Cuartel General del Fuhrer (Comando General en nuestros términos) y Alfred Jodl, jefe de su Estado Mayor. Ninguno de los dos poseía la personalidad requerida para decir la verdad al jefe supremo del Reich. Ordenanzas serviles, ejecutores impasibles y mudos de la omnímoda voluntad hitleriana, plenos con su encumbrada posición, ni siquiera transmitían a su amo los angustiados mensajes de los frentes de guerra por temor de incomodarlo. El abismo conceptual que tal situación abría entre el Fuhrer engrdeído, tiránico, renuente a admitir opiniones y criterios de sus experimentados generales y un mando castrense brillante como



- El Führer con las juventudes hitlerianas



pocos en la historia militar, rompía la unidad de mando y el acuerdo intelectual entre jefes, sin el cual se marcha a la catástrofe.

• Estrategias divergentes

Dos aspectos fundamentales dictaron el pensamiento estratégico alemán: dónde se produciría el desembarco aliado y cómo contrarrestarlo. Hitler confiaba ciegamente en la capacidad alemana de rechazar el asalto con las poderosas defensas de la Fortaleza del Atlántico. Si el desembarco llegare a producirse, los invasores serían arrojados al mar por la reserva estratégica. Von Rundstedt, quien conocía bien la debilidad de la muralla Goebels, abogaba por contener la inevitable penetración con maniobras flanqueantes en el interior de Francia una vez alargadas las líneas de comunicación del adversario, lo que suponía la ubicación de las reservas en profundidad. Rommel, decepcionado de las defensas costaneras desde su primera inspección, quería situar las reservas a distancias inmediatas a las playas para lanzar contraataques blindados antes de la consolidación de las cabeceras de playa.

En cuanto al lugar, Hitler y Rundstedt opinaban que el asalto se produciría en el Paso de Calais por la cercanía a la costa británica. Rommel presintió que se efectuaría en Normandía y se dedicó, alarmado por la debilidad del sector, a reforzar las defensas, emplazar artillería de lar-

go alcance y aprovechar rocas y peñascos para afianzar el sistema defensivo con fuegos cruzados. Famosos se hicieron los espárragos de Rommel, postes de acero puntiagudo clavados en las playas y el fondo del mar para contener y rasgar el fondo de las embarcaciones de asalto.

• Balance de poder

Las fuerzas terrestres, dada la situación defensiva germana, podían considerarse equilibradas en las fases iniciales del asalto. Rommel, con base en las experiencias de los desembarcos aliados en Sicilia e Italia, expresó en una conferencia ante el alto mando: "Si no conseguimos rechazar al enemigo en el mar, o arrojarlo fuera del continente, si desembarca, en las siguientes 48 horas la invasión habrá tenido éxito y la guerra se perderá por falta de una reserva estratégica a distancia inmediata de la costa". Fiel a esta idea, reclamó con ahinco al propio Hitler entre 6 y 8 divisiones panzer y otras tantas motorizadas. El Führer ofreció enviarlas. Nunca llegaron. Y lo que es peor, las disponibles no podían emplearse sin autorización expresa de Hitler.

Erwin Rommel ▪



Donde el balance de poder se descompensó dramáticamente fue en los órdenes aéreo y naval. Frente a los 2 mil aparatos aliados que actuaron el Día D, la disponibilidad alemana era de 198 bombarderos, 125 cazas y 115 de transporte. Contra la formidable armada angloamericana, sólo se tenían 3 destructores, 36 lanchas rápidas y 34 submarinos.

El día más largo del siglo

Así bautizó el escritor estadounidense Cornelius Ryan el 6 de junio de 1944. La invasión había sido programada para el 5 de junio, pero, contrario a los pronósticos de los meteorólogos, el 4 en la noche se desató un temporal en el Canal de la Mancha, cuando ya las avanzadas navegaban hacia las playas y el escalón de asalto había abordado los buques. Empezar la operación en semejantes condiciones era enfrentar la inminencia de un desastre. Retenerla hasta la próxima noche lunar, necesaria para el salto de los paracaidistas y el apoyo aéreo, podría exponer el secreto cuidadosamente guardado, pero inocultable durante cuatro semanas más.



▪ Eisenhower dando las últimas instrucciones para el desembarco en Normandía

Ante la imposibilidad de predecir la duración de la tormenta, se realizó una junta de emergencia y se convocó al jefe de Servicios Meteorológicos británico, quien expuso, sin poder asegurarlo, que existía una débil posibilidad de buen tiempo en la noche del 5. Todas las miradas se clavaron con ansiedad en el comandante supremo.

Los factores gobernantes para la decisión final del lugar del desembarco fueron el radio de acción de las fuerzas aéreas; la fortaleza de las defensas costeras germanas; las características topográficas; el orden de batalla enemigo, y, finalmente, la posibilidad de toma de un puerto francés.

“El silencio duró cinco minutos completos –narra el general estadounidense Walter Bedell Smith– mientras el general Eisenhower permanecía sentado en un sofá (...) Yo nunca había comprendido la soledad y el aislamiento que puede experimentar un jefe en el momento de adoptar una decisión tan trascendental... Permanecía tenso y callado, pensativo, pensando los pros y contras... Finalmente levantó la mirada y la tensión desapareció de su rostro cuando dijo animosamente: ‘Muy bien, iremos’”.

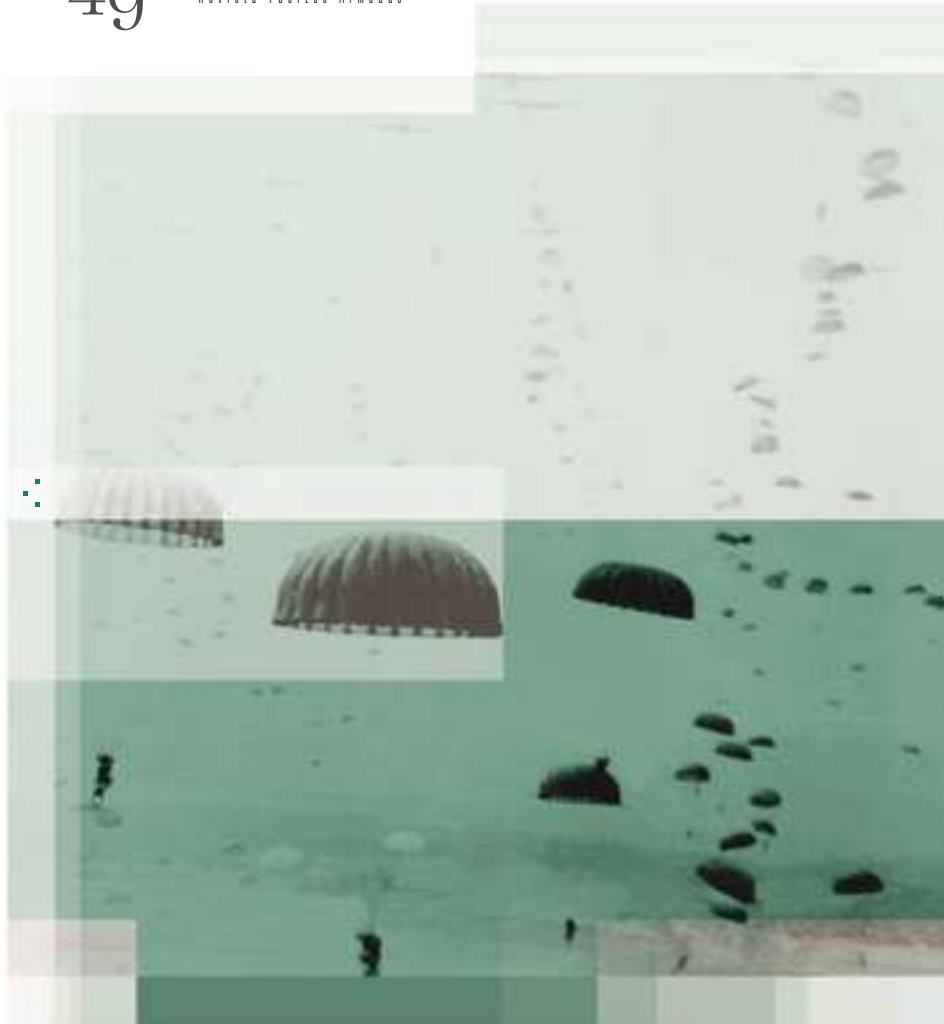
Desarrollo de la operación

Las divisiones aerotransportadas cumplieron su cometido con menos bajas de las esperadas. Los estadounidenses aseguraron las rutas a través de los pantanos, hacia Carentan, cuello de botella estratégico de la península de Cotentin. Los británicos se interpusieron entre la base de Caen y las playas, cerrando la ruta al arribo de refuerzos y abastecimientos, con su defensa perimétrica apoyada en el río Orne.

El escalón de asalto tomó casi por sorpresa las playas, abriendo espacio para el desembarco del segundo escalón. En Omaha, los norteamericanos hallaron feroz resistencia anclada en los contrafuertes rocosos que bordeaban la playa. El general Omar Bradley, comandante de la fuerza estadounidense, ante la terrible masacre llegó a pensar en prescindir de dicha playa, pero sus Rangers, en acción de increíbles intrepidez y audacia, escalaron los farallones y eliminaron las resistencias en feroz combate cuerpo a cuerpo.

En torno a las cabeceras de playa se desarrolló una serie de violentas acciones a medida que las reservas tácticas de la zona acudieron a cumplir la orden hitleriana de arrojar los invasores al mar. Al término de la sangrienta jornada, aparte de los 5.300 paracaidistas ingleses y 13 mil estadounidenses, 35 mil de esta nacionalidad y 75 mil entre británicos y canadienses se habían situado en las cinco cabeceras de playa, y desde Utah el Cuerpo de Ejército del general Omar Bradley lograba contacto con los paracaidistas, y con ellos iniciaba veloz avance hacia Carentan.

Si bien es cierto que los objetivos en profundidad, Caen y Bayeux, no se tomaron según lo previsto, se habían consolidado fuertes arcos defensivos en torno a las playas; los muelles prefabricados



ingleses permitieron el desembarco de las divisiones blindadas que se aprestaban para penetrar el frente enemigo al amanecer, y el torrente logístico aseguraba los abastecimientos para sostener la ofensiva.

La reacción alemana

La sobreextendida defensa alemana del litoral europeo daba razón a Federico el Grande de Prusia cuando sentenció: “El que quiera defenderlo todo, no defiende nada”. A lo cual añadía: “Las mentes mezquinas pretenden defenderlo todo; los hombres sensatos se concentran en lo esencial”.

El escritor estadounidense Cornelius Ryan bautizó el 6 de junio de 1944, día del desembarco, como El día más largo del siglo.



Cornelius Ryan •

Ante la vulnerabilidad de la defensa, la posibilidad de cumplir el mandato de Hitler y el pensamiento estratégico de Rommel residía en el poder y la ubicación de la reserva estratégica. Las diferentes concepciones del fracturado mando alemán produjeron el mismo efecto sobre ese punto crucial. El centro de gravedad se hallaba en el Paso de Calais; las fuerzas asignadas para la misión de contraataque resultaron insuficientes, y el grueso de las reservas al oeste de Francia se hallaba demasiado distante de la costa de Normandía.

El general Omar Bradley, en su obra *A General's Life* (no traducida al español) sostiene que el mando alemán tuvo una última oportunidad de éxito si hubiera desplazado hacia Normandía desde el primer instante las 19 divisiones de infantería del 15 Ejército, situadas a 120 millas en el Paso de Calais, y las 5 blindadas de Rundstedt. Los dos comandantes en el teatro francés, Rommel y Rundstedt, quisieron hacerlo ante la evidencia de que lo de Normandía no era una finta sino la operación misma, pero la drástica orden de Hitler lo impidió.

Hay momentos cruciales en todas las guerras cuando el destino pende de un hilo invisible. El mal tiempo del día 4 hizo pensar a Rommel que los aliados no atacarían, y partió para Alemania en nueva demanda de Hitler de los refuerzos pedidos. Hitler, bajo la influencia de somníferos, dormía profundamente y no celebró su acostumbrada conferencia matinal el día 6. Nadie se atrevió a despertarlo. Cuando Von Rundstedt, atónito ante la magnitud del desembarco, llamó a Hitler en pedido urgente de autorización para emplear la reserva estratégica, Keitel le reiteró las órdenes permanentes del Führer: arrojar al mar a los asaltantes. Sí, ¿pero con qué?

Cuando Von Rundstedt pidió su relevo del Comando en Jefe del Oeste, dijo: "Siento que me vuelvo viejo. Otro más joven que yo debe sucederme". Cuando su interlocutor le preguntó qué creía que debería hacerse, la seca respuesta retumbó en el puesto de mando, ante sus oficiales estupefactos: "¡Pues poner fin a la guerra, idiotas!".



▪ Von Rundstedt

Hacia las dos de la tarde, Hitler se enteró del llamado de Rommel. Fiel a su idea de que lo de Normandía era una finta, decidió esperar. Cuando Rommel regresó a su puesto de mando sin haber podido hablar con Hitler, las 48 horas decisivas que él mismo había contemplado mostraban un enemigo afianzado en las playas y en proceso de penetrar hacia el interior de Francia. Lanzarlo al mar, como ordenaba Hitler obcecadamente, ya no era posible, y menos aun bajo la supremacía aérea aliada. Sólo quedaba la alternativa de reagrupar la reserva estratégica en el corazón de Francia y efectuar la maniobra prevista por Rundstedt.

Maestros ambos en la guerra móvil, los dos mariscales sostuvieron ante Hitler la necesidad de efectuar un encogimiento del frente que amenazaba derrumbarse

y recurrir a la maniobra envolvente sobre las alargadas líneas de comunicaciones adversarias, o al menos golpear sus flancos a la manera de lo actuado en el frente ruso dos años atrás y en África hasta fechas recientes. Hitler, después de hacerlos esperar varias horas sin ninguna consideración, abrió fuegos con una airada reprensión, rechazó cualquier idea que no fuese la defensa tenaz –sin oír explicaciones de fondo– y les endilgó una torrentosa filípica sobre la próxima acción de sus armas secretas, que definirían la guerra: los cohetes V1 y V2, la bomba atómica y los aviones de retropropulsión. De éstas, tan sólo los cohetes

vuelvo viejo –le dijo a Keitel por teléfono–. Otro más joven que yo debe sucederme”. Cuando su interlocutor le preguntó qué creía que debería hacerse, la seca respuesta retumbó en el puesto de mando, ante sus oficiales estupefactos: “¡Pues poner fin a la guerra, idiotas!”.

Rommel entendió que, perdida la guerra, no cabía otro recurso que desembarazarse del megalomaniaco que la conducía, y entró a participar en la conspiración que se frustraría el 20 de julio de ese año. Hitler, convaleciente, sus nervios destrozados, rotos los tímpanos por la explosión y ahora sí maniático de veras, se enteró

▪ Erwin Rommel



▪ Adolfo Hitler

alcanzarían a actuar, sin poder decisorio, antes de que la progresión aliada descubriera sus emplazamientos.

Los dos mariscales regresaron con la visión de un Hitler delirante, obsesionado por la imagen irreal de unas armas secretas y la idea fija de una defensa estática sin posibilidades de materialización en un frente desvencijado, a punto de romperse bajo el efecto combinado del poder aéreo, la parálisis impuesta por el sabotaje de los maquis, los bombardeos arrasadores y las oleadas de nuevos refuerzos.

Von Rundstedt pidió de inmediato su relevo del Comando en Jefe del Oeste. “Siento que me

de su participación en el complot y le hizo llegar una pistola con un inequívoco mensaje: el suicidio. Al pueblo alemán se le diría que su héroe, el mítico comandante del Afrika Corps y del Grupo de Ejércitos, quien según Goebbels había contenido a los aliados en Francia, había perecido bajo el fuego de un avión enemigo cuando recorría el frente en su vehículo de comando.

▮ Razones para la victoria aliada

Fueron tres los principales factores que llevaron a los aliados a vencer a la Alemania nazi: unidad de mando frente a la desarticulación de su oponente, supremacía aérea y naval, y mejor servicio de inteligencia.



▪ Omar Bradley

Los británicos desarrollaron desde 1941 la agencia supersecreta ULTRA que, con base en la resistencia clandestina organizada por ellos en Francia, alcanzó altísima efectividad. Como ejemplo, el orden de batalla que aparece en el Croquis 3 fue provisto por ULTRA. Bradley montó buena parte de sus operaciones sobre informaciones de la agencia.

En contraste, la inteligencia militar germana quedó supeditada a la Gestapo de Himmler, policía política más interesada en el control del frente interno que en la guerra. El propio Hitler la redujo a un penumbroso segundo plano. No fue capaz de establecer la fecha ni el lugar de desembarco. Había descifrado la clave del aviso que daría el mando aliado por la BBC de Londres a la resistencia francesa: eran los dos primeros versos del poema de Verlaine Canción de otoño. El primero indicaría que la invasión



estaba próxima: “Les sanglots longs des violons de l'autome” (“Los largos sollozos de los violines otoñales”). El segundo, que la invasión comenzaba: “Blessent mon cœur d'une langueur monotone” (“Hieren mi corazón con monótona languidez”).

La inteligencia militar comunicó los anuncios al cuartel general de Hitler. Allí se pensó que los mandos militares también los habían recibido, y no hicieron nada.

Material y logística

Las fábricas aliadas, con la industria dedicada al campo militar, volcaron sobre Inglaterra un volumen de material y equipo impresionante. El contraste con la decadente producción alemana fue dramático, obligada ésta a atender dos frentes bajo la terrible ofensiva de la aviación estratégica angloamericana. “La sentencia napoleónica —escribe Bradley en *A Soldier's Story* (Relato de un soldado) de que los ejércitos marchan sobre el estómago debería

Croquis 3



Fueron tres los principales factores que llevaron a los aliados a vencer a la Alemania nazi: unidad de mando frente a la desarticulación de su oponente, supremacía aérea y naval, y mejor servicio de inteligencia.

revisarse. Hoy se mueven en términos de gasolina". Muchos tanques germanos, señala Bradley, se capturaron intactos por falta de carburante. Con las municiones racionadas ocurrió algo similar.

El 26 de junio cayó Cherburgo. Su capacidad portuaria, rehabilitada en breve, recibió el peso del apoyo logístico que alimentó la ofensiva hacia el sur de Francia y, tomada Caen por los ingleses, hacia París. La suerte de la guerra había quedado definida. ✈

BIBLIOGRAFÍA

- Bradley, Omar N. A Soldier's Story, Henry Holt and Company, Nueva York, 1951.
- Bradley, Omar N. A General's Life, Simon and Schuster, 1983.
- Dams, Hellmut Guenther, La Segunda Guerra Mundial, Editorial Bruguera S.A., Barcelona, 1963.
- Eisenhower, Dwight D., Crusade in Europe, Perma Special, Garden City, N.Y. s/f.
- Guderian Heinz, Panzer Leader, E.P. Dutton and Co., Nueva York, 1952.
- Jacobsen Hans-Adolfy Dollinger Hans, Il Guerra Mundial, Plaza & Janés S.A., Barcelona, 1965.
- Heiferman, Ronald, World War II, Octopus Books Limited, Londres, 1973.
- Montgomery, Bernard, The Memoirs of Field Marshall Montgomery, Signet Classics The New American Library of World Classics, Nueva York, 1959.
- Rommel, Erwin, Memorias, Los años de derrota (II tomo), Luis de Caralt Editor, Barcelona, 1954.
- Snyder Luis L, La Guerra 1939-1945, Ediciones Grijalbo S.A., Barcelona, 1964.
- Speidel, Hans, Invasión 1944, Rommel y la Campaña de Normandía, American Books Knickerbocker Press, Inc., Chicago, Illinois, 1950.
- Westphal, Siefried, Batallas cruciales de la Segunda Guerra Mundial, Luis de Caralt, Editor, Barcelona, 1957.